

El arte de torear

RAMÓN PÉREZ
DEAYALA

Quizá el que no haya visto una corrida de toros pensará que si el arte de los toros sólo consiste en aquello de viene el toro, no se quita usted, sino que quita usted al toro, etcétera, no hay nada más necio y fuera de propósito que este espectáculo. Porque, ¿a santo de que un hombre se ejercita en esta actividad, hasta adquirir maestría, y cómo sinnúmero de otros hombres se divierten contemplando aquella inútil habilidad? Lo primero no carece de explicación. Todo el que se ejercita en algo obedece a dos linajes de estímulos: el lucro o la fama. La de torero es la profesión más lucrativa que hay hoy en España, y es, además, la que mayor renombre lleva aparejado. Más raro es que hay espectadores. Pero si nos detenemos un punto a cavilar, hallaremos que casi todas las diversiones que han inventado los humanos son un tanto necias, completamente fuera de propósito a inútiles.

Divertirse, es desviarse, salir del acostumbrado carril, colocarse por un momento al margen de la vida. Es perder y matar tiempo. Vivir, por el contrario, es seguir una trayectoria: una suma de esfuerzos con que vencer y superar una serie de resistencias. Cada acto de vida lo constituye y un pequeño esfuerzo con miras a un propósito inmediato. La actividad voluntariamente estéril y fuera de propósito es distracción, es diversión, es juego y es, en cierta medida, arte.

Una diversión será tanto más divertida cuantos más elementos y éstos más complejos conspiran a su perfecto resultado. En los toros entran varios elementos que hacen esta fiesta sobre manera estimulante, fascinadora, a modo de ebriedad. Unos, de orden sensual y estético: la luz, el color, el movimiento, las plásticas de las actitudes, la gallardía de los lances, la musicalidad del conjunto. Y otros, los más importantes, de orden elemental humano: el entusiasmo, la angustia, el terror, la muerte; en suma, los caracteres de una tragedia de verdad.

